

trarse desde que estoy lejos de tí. ¡Si, idolo mio! ¡Eres mi vida, mi esperanza! Procuro activar mis negocios para correr á tu lado y recibir á los piés del altar la bendicion que ha de constituir toda mi felicidad. Dices que aquí, en el bullicio de la córte, no faltarán beldades que me roben tu amor. ¡Cuán equivocada estás, y en cuán poco te aprecias, querida mia: con solo mirarte al espejo comprenderás que hallándose grabada tu preciosa imágen en mi corazon, no es posible que mujer alguna te robe el puesto que en él ocupas; confio en tu amor, lo mismo que tú debes descansar en el de que te ama más que á su vida; tuyo, hasta la muerte, tu futuro esposo

LUIS DE VILLAPLANA.

Acabó la lectura, y viendo que Gaspar permanecia de pié y con su gorra en la mano

—¿Qué aguardas? le dijo.

—Quisiera hablaros un momento.

—¿Pues qué ocurre?

—Que quisiera hablaros.

—Pues si quieres hablarme, habla; que mejor ocasión que esta no puede haber. Mi padre está descansando; Casilda salió, y María probablemente estará llorando en su cuarto. Supongo que será cosa de D. Luis.

—Justamente.

—Vamos á ver, dime pronto de qué se trata, porque estoy impaciente.

—Se trata... se trata...

—¿Acabarás?

—Se trata de que en este mundo no es oro todo lo que reluce, y cuando menos se piensa salta la liebre: á rey muerto, rey puesto, y el que venga atrás que arrée.

—Como no hables mas claro, ni te entiendo una palabra.

—Pues á buen entendedor con media palabra basta, y de menos los hizo; que para los grandes casos, son las grandes almas. La manzana mas bonita suele estar podrida.

—Basta ya de tonterías y habla claro.

—Pues yo no sé qué mas claro he de hablar, á no ser que queráis que os diga que el capitan de marina os está engañando; que ha dado palabra de casamiento á una confiterita, y que la cosa marcha que es un primor, y que...

—¿Qué diablos dices, Gaspar? ¿Será posible que Luis me engañe de ese modo? Habráse visto infame semejante; déjale que venga por acá, que le voy á arrancar los pelos; yo te prometo que ya verá lo que es bueno. ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Y yo que le queria tanto! ¡Maldicion! ¡Maldicion!

—No es posible, Gaspar, por fuerza te has equivocado con otro; ¡hay tantos oficiales de marina que son unos calaveras! No será mi Luis, no puede ser, y además esta carta... escucha... mira lo que me dice.

Y leyó la carta, desde la cruz hasta la fecha.

—Eso no destruye mis argumentos.

—Por fuerza te has equivocado.

—Ya sabeis por esperiencia que yo he nacido para ser de la policía, segun la facilidad que tengo para averiguar hasta las cosas mas ocultas.

—Pues dime cómo lo has averiguado.

—Del modo mas fácil y sin recurrir á seducciones ni engaños: hallábame el otro dia en un fondique que hay en la calle de la Palma, cuando entró Isidro, el criado de D. Luis de Villaplana, á quien conozco perfectamente. Se sentó á mi lado y comenzamos á destripar jarras, y hablando, hablando, y exigiéndome el mayor sigilo por lo que iba á decirme (él estaba ya algo chispa), me contó que su amo andaba en amores con la hija de cierta confiterita, á quien él mismo habia llevado varias cartas y traído la contestacion. Desde luego pensé que seria, ó una broma, ó de no ser así, algun pasatiempo de los muchos que tenemos los militares; pero habiéndole yo preguntado algo acerca de las intenciones de su amo, me contestó que pensaba casarse con ella, y que lo sabia de buena tinta, porque tenia la costumbre de leer todas las cartas que pasaban por su mano. Así es, prosiguió diciendo, cómo he sabido que la cosa iba muy adelantada; pero es el caso que cierto dia, á llevar yo una car-

ta á Merceditas, en que le pedia mi amo una cita decisiva, me encontré con que el pájaro habia volado, dejando á mi amo con dos cuartas de narices.

—Eso me va ya interesando, repuso Luisa, y la cosa se presta á un efecto dramático. Retírate hasta que te necesite.

Obedeció Gaspar, en efecto, y habiéndose quedado sola la niña, se sentó en un banco de piedra del jardin y se puso á reflexionar sobre el mejor partido que debia tomar. Hallábase ya al corriente de la intriga que mantenía su futuro en el prosáico barrio de las Maravillas, y del contratiempo que habia experimentado precisamente cuando habia conseguido una cita tan incautamente convenida; sabia tambien el abandono de la córte de su bella amada, conducida por una anciana parienta suya; restábale, pues, tan solo combinar su plan de ataque, y llevarlo á cabo con toda la perfeccion digna de una mujer, y de una mujer enamorada y celosa, que es cuanto se puede decir.

Habiéndose presentado en Robledo Luis de Villaplana, á quien ella recibió con su habitual cariño y amabilidad, despues de mil protestas de amor y de haberla anunciado que sus asuntos iban tan bien, que acaso en el próximo viaje se verificaria la boda, cambió, Luisa, con mucho talento el giro de la conversacion, diciéndole:

—¡Qué poco interés te tomas por mis producciones literarias!

—Eso no tiene nada de particular, dijo el marino; ya sabes, mi querida Luisa, que baza mayor, quita menor, y claro está que siendo mi amor el único asunto que absorbe todas mis aspiraciones, me olvido instintivamente de todo los demás. ¿Qué tal llevas la novela que me digiste ibas á escribir?

—Tengo escritas ya 200 cuartillas; pero es el caso que no sé cómo continuar.

Le contó todo el asunto de sus amores con la confitera, que fingió pertenecer á su novela, y al llegar al paso estudiado, le dijo con malignidad:

—No sé cómo proseguir, porque por mas que pienso no atino á qué causa atribuir el eclipse de ese astro, ó mejor dicho, su rápida desaparicion.

—¿Te atreves á darme un consejo?

No dejó esta celosilla venganza de lisongear en secreto el amor propio del marino; pero por su parte se guardó bien de mostrar mayor confusión que la que conviene á un jóven de principios, sobre todo cuando la suprema elegancia ha consumado su impasibilidad y aplomo en todas ocasiones y la entera confianza de sí mismo.

—No seré yo, ciertamente, el que cometa la indiscrecion de aconsejar á persona tan instruida y que tan buenas pruebas tiene dadas de su talento. Y Dios nos libre además del *genius irriabile vatum*.

—No digas tan instruida, sino tan *bien instruida*.

—Como gustes; pero una vez que quieres saber mi dictámen, yo daría en el presente caso un giro particular al desenlace.

—¿Cuál? se apresuró á decir Luisa.

—Yo comenzaria por no cuidarme de esa chiquilla, objeto de un capricho pasajero, para que interviniese un personaje mucho mas interesante al que el jóven ama con pasion, y al que deberia vengarse noblemente de un instante de estravío.

—¡Ah! ¿Y cuál podria ser esa noble venganza?

—La inmediata fijacion del dia de la boda, por su puesto dentro del mas breve término posible.

Y en atencion á ello fijó la semana próxima para la celebracion de la boda, por supuesto contando con que para aquella época ya habria conseguido Villaplana su retiro. Y en seguida añadió:

Querido Luis, ya que me has dejado la eleccion del dia, quisiera tambien hacer lo mismo respecto del sitio en que haya de verificarse. Quisiera que nos casáramos en Robledo, y acto continuo velarnos en el Escorial, que está bien cerca de aquí y donde nadie nos conoce. Con eso de paso visitaríamos la Octava maravilla y pasaríamos unos dias distraidos; allí celebraremos esa ceremonia sin aparato, y sin mas testigos que mi padre y mi hermana. ¿No te parece bien, querido Luis?

—Ya sabes que para mí, un deseo tuyo es una orden.

—Nada mas justo, porque aun no soy tu esposa.

—¡Oh! bajo ese punto de vista nunca tendrás en mí un marido.

Consiguiente á ese convenio se determinó que únicamente saldrian de Robledo con D. Diego, María, Casilda y Gaspar. Regresó D. Luis de Villaplana á Madrid, donde activó de tal modo su asunto, que á los ocho dias estaba de regreso en Robledo, y dispuesto mas que nunca á dar su mano á Luisa. Todo se iba disponiendo, segun los deseos de Luisa, para frustrar con su campestre himeneo la curiosidad y la maledicencia de los muchos desocupados del pueblo.

A la puerta de la casa de Mendoza habia parado un coche de colleras, cuyas retozonas mulas sacudian con sus manos el pavimento, manifestando asi los deseos que tenian de correr.

Bien hubiera querido el P. Luis acompañarlos en aquella expedicion; pero como el objeto de su ida á Robledo habia sido el de consolar á su amigo Mendoza, y la causa de sus disgustos parecia haber desaparecido por completo, juzgó que seria mucho mas conveniente el despedirse de ellos, y mientras la familia se dirigia al Escorial, él se encaminaria hácia Madrid.

Arreglados todos los bultos que habian de llevarse en el carruaje, y al volver de la iglesia todos, se acomodaron las cuatro personas en el coche; pero antes almorzaron abundantemente.

Acabóse el almuerzo, y habiéndose despedido del reverendo, se colocaron los cuatro viajeros, como ya hemos dicho, en el coche, disponiéndose á pasar una jornada deliciosa.

Luisa y su padre, iban en el testero, y D. Luis y María, en la delantera; esta última iba llorosa y triste, no tan solo porque las escenas matrimoniales de aquel dia la habian impresionado lo bastante, sino porque todas ellas traian mas á su memoria su desgracia en los amores; las tres personas que la acompañaban hacian por distraerla, pero ¡intento vano! Cuando el corazon toma una parte activa en nuestros pesares, ¿de qué sirven los consejos de los amigos?

Llegaron al Escorial, y despues de haberse instalado en una mala posada de la calle de Peguerinos, donde acordaron que

D. Diego de Mendoza y el marino fuesen á la parroquia á hablar con el padre cura, y que todo estuviese dispuesto para la velacion.

— Tenias razon, en el camino, dijo Luisa á su novio, estos momentos debemos consagrarlos, con abstraccion de todo, á nosotros mismos y sin que nos llamen egoistas; así, pues, mientras yo me avío, mi padre y tú arreglais lo demás.

Hizose así, en efecto; Luisa vistió su traje de boda, y cuando volvieron aquellos señores diciendo que todo estaba preparado, Luisa tambien lo estaba, y con la circunstancia de que su espejo la habia dicho que estaba bonita; tambien María se lo habia dicho al propio tiempo que la ayudaba á vestir.

— ¡Cuán feliz eres, Luisa!

— ¿Por qué dices eso, hermana?

— Ya puedes comprenderlo; porque vas á unirte al hombre que ama tu corazon; porque vas á ser dueña de tu casa, y no tardarás en oir el dulce nombre de madre. ¡Dulzura que el cielo me ha negado, como todo lo que pueda tender á hacerme feliz! ¡Cuán dichosa seria yo, si al propio tiempo que tú te casas con D. Luis, yo me hubiera casado con Gonzalo! Pero calla, que ya están aquí.

Y así era en efecto: D. Luis de Villaplana, que habia pasado á su cuarto á acicalarse un poco arreglando su empolvada peluca, y vistiendo, tal vez, por última vez, el bonito uniforme de marino, subia con D. Diego de Mendoza, tambien con casaca de seda y sombrero de candil, á avisar á las niñas que bajasen desde luego para trasladarse todos á la parroquia.

Esta se hallaba cabalmente situada, como aun lo está hoy en la misma calle en que habitaba la confiterita, esto es, la linda Mercedes y su tia doña Salvadora.

— Tia, hoy me parece que veo en este sitio mas gente que de costumbre, dijo la primera á la segunda.

— Tambien me lo parece á mí para ser dia de labor.

Ambas dirigieron la vista hácia la iglesia.

— Será, sin duda, algun bautizo ó boda lo que así llama la atencion.

—¡Una boda! ¡Cuán agradable debe ser eso! ¿Quereis que vayamos?

—No: lo que haremos para no vestirnos y no perder tiempo, es salir, tal vez, como estamos, y verlo desde la calle.

—¡Cuánto lo siento! Yo quisiera verlo de cerca, porque si es boda, debe la novia de estar muy hermosa: dicen que la felicidad embellece.

—¿Y suspiras pensando en su felicidad?

—No es porque la tenga envidia, sino yo me digo: ya llegará un día en que Luis y yo...

—¡Eres muy inocente! exclamó doña Salvadora, con una sonrisa que trató de disimular.

Y para distraerse en seguida de sus ideas, pues ya suponen nuestros lectores que ambas mujeres estaban ya en la calle y á la puerta de la iglesia.

—Aproximémonos mas á las gradas de la capilla, dijo la tia á la sobrina.

Efectivamente, una serrana fué la primera que con una niña de la mano salió de la iglesia anunciando que la ceremonia se habia terminado, y se quedó tambien en las gradas para ver bien á los novios cuando salieran. Las miradas de todos se dirigian á las puertas de la iglesia, así como las de Mercedes, que no era la que menos tributo tenia que pagar á su curiosidad.

Siguió saliendo gente de la iglesia, hasta que por último apareció la dichosa pareja, y Mercedes no se atrevia á dar crédito á sus ojos, se creia bajo la influencia de un pesado sueño; creia tener ante sus ojos una vision fantástica presentada allí para su mortificacion: apenas podia persuadirse de la profundidad de su desventura, y volviendo la vista hácia su tia con doloroso asombro é inclinada su cabeza por el peso de su pena y lo terrible é inesperado, exclamó:

—Tia mia, ¿habeis visto?

—¿El qué?

—Ese hombre.

—¿Cuál?

—El novio.

—¿Y qué?

—Que es un capitán de marina.

—¿Y qué? será algún compañero de tu Luis.

—Es él mismo en persona.

—¿Será posible?

—Y tan posible; y acercándose algun tanto á la pareja matrimonial, ya fuera de sí y trastornada á la vista de aquel hombre, la pobre Mercedes le dijo con doloroso acento:

—¡Infame! ¡Perjuro! Y cayó en los brazos de su tía.

Luisa, aunque con estremada rapidez, vió á Mercedes, presenció su ademan, y oyó las dos palabras que acababa de pronunciar, dirigiéndose á su marido.

D. Luis de Villaplana, poseido de una emocion involuntaria, miró á la desventurada Mercedes con una aparente indiferencia; y la multitud, ocupada tan solo en contemplar el lujoso traje del marino y la elegante apostura de su novia, no echó de ver que dentro de aquel mismo cuadro podia contemplar un culpable y una víctima.

Mientras la infeliz Mercedes fué conducida á su casa con gran trabajo, y mientras la aparicion de la confitera, fué asunto todo el dia de la conversacion de Luisa y María, preocupando, no poco la cabeza del marino, aunque nada decia sobre ello.

Luisa comprendió que su tranquilidad podia ser alterada si permanecia mas tiempo en el Escorial, donde era fácil que la presencia de la confitera produjese alguna escena, y aunque aquellos amenos sitios la agradaban en extremo y eran los mas á propósito para pasar la luna de miel, puesta de acuerdo con María, determinaron pasar todos en aquel mismo dia á San Ildefonso, sitio que, fundado por el rey Felipe V, comenzaba ya á llamar la atencion de los españoles, compitiendo grandemente con los jardines de Versalles. Marcháronse, pues, alegres y satisfechos, rodando de nuevo el coche de colleras hácia aquel punto.

Un mes despues de la ceremonia nupcial, otra de distinto género escitaba la curiosidad del pueblo escurialense; no tenian entonces ante sus ojos, ni rico uniforme de marina, ni blancas

rosas, ni aparatos de boda, ni algazara, ni rostros alegres, contemplaban tan solo paños fúnebres y ojos llorosos, cirios amarillos y el tétrico *de profundis*, entonado por unos cuantos sacerdotes: en vez de dos novios, contemplaban un féretro; en vez de una ilusion, un desengaño; en vez de una locura, la paz eterna.

Un alma inocente y cándida habia sucumbido bajo la perfidia de un golpe que no podia comprender, y los pacificos habitantes del Escorial, esclamaban:

—¡Pobre niña! ¡Pobre Mercedes!

XXVIII.

CONCLUSION.

A pesar de la avanzada edad que habia conseguido alcanzar Cárlos III, por efecto de su metódica y arreglada conducta, gozaba de sana complexion, y vió deslizarse su vida toda sin enfermedades ni achaques; pero agobiado por una série de pesadumbres domésticas y de pérdidas lamentables que el cielo plugo enviarle, sin duda para afligir y atormentar su espíritu, su fisico llegó á resentirse lastimosamente, viniendo por fin á morir el 14 de diciembre de 1788, en medio de las lágrimas de cuantos les rodeaban; faltábanle pocos dias para cumplir los 73 de su edad.

Una vez practicadas las debidas y acostumbradas honras fúnebres á los restos de Cárlos III, y dadas las mas urgentes disposiciones para que no experimentasen el menor retraso el curso y despacho de los negocios públicos, espidióse por el Consejo de Castilla la oportuna provision para que se levantasen pendenes y fuese proclamado rey legítimo de España, como heredero de la corona, el Príncipe Cárlos, con el nombre de Cárlos IV.

Entre los muchos bailes y saraos que se dieron con motivo de la régia proclamacion, hubo uno que se distinguió de los

demás por su lujo y magnificencia, y fué el de la casa del conde de Miranda, sita en la plazuela del mismo nombre.

Doce salones perfectamente decorados, y cuya profusion de bugías los iluminaba cual si fuese de día, encerraban lo mas selecto de la sociedad madrileña; á cada intermedio aparecian cien criados con las libreas de la casa, ofreciendo á los concurrentes bebidas y helados de todas clases.

Los peinados de las señoras estaban cuajados de diademas y aderezos de brillantes, y las ricas telas y tupidos encajes de sus vestidos, sobrepujaban á todo encomio y hacian realzar mas y mas la belleza de sus dueñas. La orquesta era de lo mas escogido, y la rica tapicería y suntuoso mueblaje de las habitaciones, imprimian en aquel recinto un aspecto verdaderamente régio.

Toda la plazuela estaba llena de carrozas y cuajada de gente curiosa, que se contentaba con mirar la claridad que despedian los balcones, y escuchar los diversos minués y zarabandas que entonaba la orquesta.

En un retrete lujosamente decorado, cuyos muebles eran todos tallados y dorados. cuyos intercolumnios estaban cubiertos de espejos, y cuyos mullidos campés estaban forrados de terciopelo carmesí bordados de oro, se hallaban dos amigos conversando con intimidad. Era el uno D. Jacinto de Sandoval, sobrino carnal del R. P. Luis, jóven de 25 años, de finos modales, bella figura y covachuelista, razones todas por las cuales era uno de los jóvenes mas distinguidos del baile; á su lado se halla un amigo suyo llamado Cristóbal, el cual le insta para que le cuente lo que le habia sucedido últimamente en el pueblo de Robledo de Chavela.

Cristóbal instó de nuevo á su amigo para que, aprovechando aquella buena ocasion, le narrase la deseada historia, y accediendo este á sus deseos, lo verificó del modo siguiente:

—Muy cercano á los montes que por la parte de Poniente asoman al Escorial, está el pueblo de Robledo, rodeado tambien de elevados cerros, que parecen oprimir sus mezquinas casas. Nunca se me olvidará, querido Cristóbal, la fria impre-

sion de tristeza que experimenté en los primeros dias de mi permanencia en Robledo, donde asuntos de interés me llevaron. Ya sabes que los negocios engañan mucho, y que el que cree uno terminar en quince dias, se alarga sin saber cómo á diez y ocho meses. Pues bien, eso es lo que cabalmente me sucedió, y eso que no puede decirse que los placeres que me proporcionaba aquel pueblo pudieran prolongar mi estancia. Diez y ocho meses habité aquella poblacion, y de seguro que me hubiera rebelado contra tan largo cautiverio, á no sucederme lo que vas á oir.

Para llegar al sitio en que debia yo montar una fábrica, me era preciso bajar todos los dias por una callejuela muy semejante á una escalera, porque el piso estaba formado de escalones para evitar el declive de la cuesta. Al atravesar aquella estrecha y oscura calle, mis pensamientos iban siempre delante de mis pasos, y no pensaba sino en el campo que pronto iba á ver; pero cierto dia se fijaron mis ojos por casualidad en una humilde casita, la única que parecia habitada. No tenia mas que piso bajo, con dos ventanas y entre ellas la puerta; encima de este piso bajo estaban los boardillas. Las paredes exteriores de la casa eran grises, efecto que habia producido el tiempo sobre el descascarado yeso negro; los vidrios de las vantanas, tan gruesos y verdosos, que con trabajo hubiera podido penetrar por ellos la claridad del sol, en el caso de que sus rayos pudieran presentarse en tan estrecha calle. Allí reinaba siempre perpétua sombra, y hacia siempre frio por caluroso que estuviese el dia en otras partes.

En el invierno, cuando la nieve se quedaba helada en los escalones de la calle, no se podia dar un paso sin riesgo, por eso era un tránsito desierto que yo solo cruzaba una vez al dia. No recuerdo haber encontrado una persona, ni haber visto un pájaro pararse siquiera un instante en los agujeros del alero del tejado.

—Parece, dije para mí, que en tan triste casa solo vivirán personas que habiendo llegado casi al término de su vida, ni pueden entristecerse ni alegrarse, porque todo les es indiferen-

te. ¡Cuán horroroso deberá ser el vivir en esa casa siendo uno joven!

El invierno desapareció con su frío y su aridez, con sus lluvias y sus nieves, los árboles se cubrían de hojas, los pájaros cantaban y los muchachos salían á jugar á las calles y plazas; todo indicaba la llegada de la primavera, el hielo de la calle se trocó en humedad, algunas yerbecitas brotaron al pié de las paredes y se aclaró el pedazo de cielo que con trabajo se divisaba desde la calle. La nueva estación difundió, en fin, algo de vida en aquel callejón oscuro, pero la casita permanecía siempre sin que se sintiese ruido ni movimiento.

Llegó el mes de junio, y yo continuaba pasando todos los días por la misma calle, cuando un día ví con profunda tristeza un ramillete de violetas puesto en una jarrita en el quicio de una de las ventanas de aquella casa.

—¡Ah! exclamé yo, alguno que padece vive ahí.

Volví á pasar al otro día, y en las flores se notaba ya que había pasado un día por ellas, estaban marchitas y sus pétalos descoloridos se encorvaban sobre sí mismos, pero todavía conservaban un poco de aroma, porque las habían cuidado. Al acercarme ví que la ventana estaba entreabierta, y que un rayo, no diré de sol, sino de claridad, penetraba dentro de la casa trazando una faja luminosa en los ladrillos del cuarto, pero á derecha é izquierda la oscuridad era tan profunda, que mis ojos nada pudieron distinguir.

Volví á pasar al siguiente día, que era casi de verano; los vencejos recorrían veloces los aires exhalando su agudo chillido, los demás pajaritos cantaban, los campos se pintaban de amapolas y jazmines silvestres, de alelíes y lirios, y mil insectos zumbaban en los aires; todo brillaba á los benéficos rayos del sol y se notaba vida, casi alegría en todas partes.

Una de las ventanas de la casita estaba abierta de par en par; me acerqué y ví á una mujer trabajando cerca de la ventana, y su aspecto aumentó la tristeza que ya me había inspirado la casita. No hubiera podido decir la edad de aquella mujer, porque no era muy joven. Estaba pálida, enferma ó triste...

yo no pude conocerlo, pero lo cierto es que sus facciones eran suaves, que la falta de lozanía podría provenir de alguna pesadumbre, y que su palidez, si no entristeciera el corazón, aun pudiera tener su atractivo al lado de lo rubio de sus cabellos. Estaba inclinada sobre la labor, sus manos eran blancas. Tenía un vestido oscuro, un delantal negro, una gola blanca, y el ramillete que había florecido por dos días en la ventana, estaba prendido en su corpiño, sin duda para no perder nada de su postrera fragancia. Como costumbre inveterada, al levantar los ojos y verme, me saludó, yo la contesté llevando la mano á mi sombrero, y entonces pude verla mejor. Comprendíase desde luego que aquella mujer había padecido mucho, pero sin lucha, sin quejas y casi sin lágrimas, porque en su semblante había quietud, silencio, tranquilidad y resignación. Diríase que sin haber experimentado alguna fuerte emoción, su alma á fuerza de languidez se había ido estinguendo, á lo menos la mirada y actitud de aquella mujer así me lo revelaban.

Todos los días la encontraba en el mismo sitio. Al principio me saludaba, después añadía una triste y suave sonrisa á su saludo. Hé aquí todo cuanto pude traducir de la existencia de la mujer que un día y otro día estaba sentada cerca de la ventana.

Los domingos no trabajaba, y creí que en tales días saldría, porque el lunes era cuando el ramillete de violetas aparecía puesto en la ventana. Me figuré también que carecería de medios y que trabajaba en secreto para vivir, porque mientras ella gastaba los vestidos más pobres, siempre eran ricos y hermosas muselinas en las que estaba cosiendo y bordando. En fin, ella no estaba sola en aquella casa, porque cierto día que andaba yo olfateando por la ventana, oí una voz imperiosa que gritaba: «¡Luisa! ¡Luisa!» y ella se levantó precipitadamente; aquella voz no era la de un amo, porque Luisa no había obedecido como obedece una criada. Había un no sé qué de buena voluntad en la precipitación con que ella se levantó, y sin embargo, la voz que la llamó nada había tenido de cariñosa. Pensé desde luego que Luisa no debía ser muy querida de las personas con quienes vi-

via, y aunque la hicieran sufrir malos tratamientos; al paso que ella, en fuerza de su buen natural, se habia adherido á ellos sin recibir nada en cambio. El tiempo pasaba, y cada dia iba sabiendo un poquito mas de la existencia de la pobre Luisa, á pesar de que para adivinar sus secretos me bastaba tan solo pasar una vez por su casa y mirar á la ventana.

Creo haberte dicho ya que Luisa al mirarme se sonreia, pues un dia se me antojó cojer algunas flores de las muchas que crecian en los campos, hice con ellas un ramillete, y á mi vuelta las dejé con alguna timidez en la ventana de Luisa; esta se ruborizó algun tanto, y despues se sonrió con mas ternura que otras veces. Desde entonces todos los dias tuvo Luisa un ramillete, en el que con las flores de los campos entretegia yo algunas de mi jardin, así es que hubo flores para la ventana y flores para el cinturon de mi desconocida; de modo, que puede decirse que la primavera reinaba en la casita gris.

Al retirarme una tarde, me sorprendió un horroroso aguacero en medio de la estrecha callejuela. Luisa salió corriendo á la puerta de su casa, me cogió de la mano, me hizo entrar, y al atravesar un pasillo que precede á la pieza en que ella trabajaba, me cogió las dos manos y me dijo con los ojos húmedos por las lágrimas:

—Muchas gracias, caballero, por las flores.

Aquella fué la vez primera que nos hablamos.

Entré en el aposento donde trabajaba Luisa, que era el mejor de la casa, no habia mas asientos que unas sillas de paja blanca, y dos mesas viejas adornaban los extremos de aquella pieza larga y estrecha, la que sin mas ventilacion que la de la ventanita, estaba oscura, fria y húmeda. La oscuridad no me dejó reparar al pronto en dos personas que se hallaban en un rincon de la pieza, colocadas en dos sillones un poco mas cómodos. Eran un anciano y una mujer casi tan vieja como él; la mujer estaba haciendo calceta mas lejos de la ventana y sin tener necesidad de luz, porque era ciega, y el viejo no hacia mas que mirar al frente, pero con miradas fijas y sin espresion. ¡Ah! habia ya traspasado los límites ordinarios de la vida, esta se

circunscribía tan solo á su cuerpo; imposible era contemplar á aquel anciano, sin comprender que se habia vuelto á la edad de los niños. No parece sino que al prolongarse la vida demasiado, el alma, como irritada de su largo cautiverio, procura desprenderse de su prision, y con sus esfuerzos rompe los lazos que conservaron su armonía, alterando su mansion. Aun no ha partido, pero tampoco se halla donde debia estar.

Hé aquí, querido Cristóbal, lo que ocultaba la casita gris con su aislamiento, su silencio y su oscuridad: una mujer ciega, un anciano imbécil, una pobre jóven marchita antes de tiempo, porque su juventud habia sido oprimida por los pesares y las privaciones, agobiada por las chochees que la rodeaban y por las vetustas paredes que la tenian cautiva; y finalmente, obligada á trabajar noche y dia para ganar su sustento.

Volví repetidas veces á ver á Luisa, y he aquí poco mas ó menos cómo me contó su vida, sentados un dia junto á la ventana:

— Bien pequeñita era yo cuando me faltó mi madre; esa ciega que veis ahí, es la única mujer que me cuidó en mi infancia; ese anciano imbécil es mi padre, á quien adoro á pesar de que no me comprende, lo cual constituye la mayor desgracia de los que, como yo, nacieron con un corazon sensible y un pensamiento sano; con semejantes elementos, fácilmente comprenderéis que el fuego de mi alma se va estinguendo poco á poco en esta casa, donde de continuo reina la austeridad y la melancolía; y aun eso seria de poca monta si los escasos recursos de mi familia, fruto directo de la honradez, despues de haber gozado de una regular fortuna, no me obligaran á pensar de continuo en el trabajo material que ha de proporcionarme el sustento; sin esto dejaria volar mi imaginacion por otro mundo mas fantástico; mi pluma se deslizaria rápida sobre el papel, y en vez de cantos escribiría églogas; en vez de romances dejaria estirpadas las tristes emociones de mi alma dolorida: desde que estoy aquí, no solo no he cantado, sino que mi vida es tan silenciosa, que hasta el mas ligero ruido desentona todo mi organismo. En esta casa nadie es feliz, se desconocen las caricias y

demás dulces efectos del alma. Pero habeis de saber que no siempre he sido desgraciada, no siempre me he visto rodeada de cadáveres y alejada del mundo; mi vida no ha sido siempre tan triste como ahora, porque tenia una hermana... tenia un hombre con quien me casé adorándole... pero ambas felicidades fueron ilusorias, y Dios no me permitió dejarme disfrutar de ellas...

Los ojos de Luisa se humedecieron con las lágrimas; pero estas lágrimas no corrieron, acostumbradas como estaban á permanecer ocultas en el fondo del corazon de la jóven, que prosiguió del modo siguiente:

—Abrumado mi padre bajo el peso de una ofensa, vió abrirse la llaga á presencia de un hombre que casualmente vino á este pueblo; este hombre se prendó de mi hermana; pero no pudo casarse con ella por ser hijo de la misma madre que ella; de la misma, cuya conducta reservada fué la causa de la ofensa inferida á mi padre. Pero no vayais á creer que esa madre, que tambien lo era mia, hubiese sido perjura ni adúltera, no por cierto; el tálamo de mi padre nunca se vió manchado con semejante pecado: mi hermana fué el resultado de una seducción; el producto de un crimen que harto ha espiado nuestra pobre madre. Estos contratiempos, estos sucesos, de suyos graves y poderosos, sin contar otros muchos que ocurrieron, fueron lo muy bastante para que mi padre, ya propenso á la tristeza y á la venganza, se exasperase, comunicando á toda su familia el dolor y la desventura. Sin embargo, el cielo quiso oír mis súplicas, y tanto el ofensor como la culpable, recibieron desde el cielo el perdon y la bendicion de mi padre; pero ya la desgracia pesaba sobre todos nosotros; ya mi padre habia perdido todos sus bienes por querer favorecer á sus amigos, triste prerogativa del bueno, triste premio á la virtud; y al perderlos perdió tambien la razon, y ahí le teneis hecho un terron oyendo cuanto decimos, pero sin que su entendimiento se lo reproduzca en portentosas imágenes, sin la menor conciencia de su vida y pensando tan solo en prolongarla por medio del alimento material.

—Tenia, como os dije, una hermana mayor que yo, reservada y complaciente, instruida y afectuosa; nos queriamos mucho, y entre las dos repartiamos los cuidados que mi padre exigia. Rara vez nos paseábamos juntas, sobre todo desde que esta anciana se quedó ciega y desde que murió un buen criado de mi padre llamado Gaspar. Por las noches trabajábamos juntas y silenciosas á la luz del velon, y al levantar cada una los ojos se encontraba con una dulce sonrisa en el semblante de la otra. Subiamos despues á acostarnos en una misma alcoba sin dormirnos, hasta que una voz amiga repetia varias veces: ¡Buenas noches! ¡Duerme bien, hermanita!

—Bien podia Dios habernos dejado juntas, ¿no es verdad? Pero yo no me quejo de ello, porque María es feliz en la gloria. Contrariada en sus primeros amores como ya sabeis, esta desgracia fué labrando su salud hasta que terminó, alejándose de mí para siempre; esto reunido, tal vez, á la falta de aire y de ejercicio, y sobre todo á la falta de felicidad, hubo de engendrar los primeros gérmenes de su enfermedad; pero lo cierto es que desde la fatal imposibilidad de su boda la ví debilitarse y padecer cada vez mas. Yo era la única persona que por ella sufría, porque mi padre cayó á poco en la postracion en que le veis, y esa otra mujer que la habia criado á sus pechos, y por lo mismo que la queria cual si hubiera sido su hija, no podia ver con sus ojos el decaimiento de su salud. Yo misma llamé á un médico cuando comprendí que mi hermana era presa de una grave enfermedad... pero ya era tarde... ¡y á los pocos días voló al cielo!

—Aun me parece que la estoy viendo ¡pobre María! El dia antes de su muerte me hizo sentar junto á su lecho, y cogiendo una de mis manos entre las suyas trémulas, me dijo:

—Adios mi pobre Luisa, no tengo mas que á tí en este mundo y siento dejarte tan infeliz como eres; pero ten resignacion que tal vez un dia Dios se acordará de tí, ten valor y cuida á nuestro padre, que es bueno y nos ama aun en medio de su idiotismo. Cuida tu salud en obsequio suyo, porque lo regular es que viva menos que tú. Adios mi buena hermana, no llores

mucho, ruega á Dios á menudo, y hasta que nos veamos en la otra vida.

A los tres dias de esta sensible entrevista sacaban de aquí á María, tendida en su atahud, y yo me quedé sola al lado de mi padre.

Oid ahora cuatro palabras sobre mi historia: aficionada desde niña al cultivo de la poesia; mis pobres producciones, mas bien que mi mérito personal, pudieron muy bien ser la causa de verme siempre rodeada de adoradores y de pretendientes á mi mano; mi padre nunca se entrometió en mis deseos sobre ese particular, y me dejó ámplia libertad en la eleccion de entre aquella nube de pretendientes, escogí de seguro al peor. Mi marido, cuya aficion al bello sexo era ya conocida antes de casarme, disimuló perfectamente aquella tendencia por espacio de dos meses, pasados los cuales dió libre vuelo á sus liviandades. Estaba yo perfectamente enterada de todos sus pasos; pero resignada hubiera sufrido en silencio mi mala suerte, á no ser porque mi marido añadió al vicio que tenia, el de la bebida y el del juego, resultando de aquí nuestra inmediata ruina y los malos tratamientos que me daba; y á pesar de las buenas intenciones y deseos del P. Luis, que á todo trance quiso establecer el orden en nuestra casa, mi marido, cada vez mas desenfrenado, salió un dia de casa y no volvió.

—¿Pues que fué de él, dige yo á la pobre Luisa.

—No lo sé: solo pude averiguar que estaba en Portugal haciendo de las suyas, esto es, escandalizando á la moral, estafando á todo el mundo y jugando cuanto tenia. Nuestra separacion ocurrió al año de casados, y al cabo de aquel tiempo se presentó en mi casa un amigo suyo, entregándome la fé de muerto de mi marido: habia fallecido en Lisboa de resultas de una herida que recibió en desafio. Mi padre pronto se quedó, como lo veis, con esa parálisis del poder mental.

Mi padre habia sufrido tambien un quebranto en los bienes que constituian nuestro bien estar, y unido esto al derroche de mi marido, nos redujo, poco menos, que á la miseria; pero yo entonces eché á un lado mis producciones literarias, que no po-

dian proporcionarme el pan, y me puse á trabajar, vendiendo en secreto mis bordados. No hablo con nadie desde que pasaron sobre mí todas esas desgracias que os acabo de contar, y aunque conservo mucha aficion á la lectura y á la poesia, ni leo, ni escribo, porque tengo necesidad de estar trabajando. Solo salgo á la calle los domingos, y como siempre voy sola no me alejo mucho.

Hace algunos años, cuando yo era mas jóven, he pensado muchas cosas aquí, en esta ventana, mirando al cielo. Poblaba mi soledad de mil quimeras que abreviaban la lentitud del dia; pero ahora parece que cierto entorpecimiento ha embotado mis facultades. Confieso que al verme aun jóven y no fea, á pesar del cúmulo de desgracias que me hacian presagiar un porvenir mas desgraciado aun, esperaba que la casualidad operase algun cambio en mi destino. Ya estoy conformada, desvaneciéronse mi esperanzas, y en estas cuatro paredes acabarán mis dias solitarios.

Pocos meses despues, y en una hermosa mañana de otoño, iba á salir de mi casa para ir á la de Luisa, cuando un jóven subteniente del regimiento que estaba de guarnicion en Robledo, vino á verme, y hallándome dispuesto á salir, me ofreció el brazo y se dirigió conmigo hácia la estrecha callejuela de Luisa. La casualidad me hizo hablar de ella y del interés que me inspiraba, y como el tal Enrique Moreno, pues así se llamaba, parecia gustar de la conversacion, caminé mas despacio. Cuando llegamos á la casita gris ya le habia contado toda la historia de Luisa. La miró con interés y compasion, y se retiró. Luisa cortada por la presencia de un estraño, cuando no esperaba ver mas que á mí, se puso colorada. No sé si fué por este instante de animacion de su rostro, ó si consistió en los deseos que yo tenia; pero lo cierto es que la pobre jóven me pareció muy bonita.

El rubor es siempre efecto de la modestia y del pudor: toda persona que se pone encarnada con facilidad, posee un buen corazon y se halla pocopreciada de sí misma.

No sabré decirte, amigo Cristóbal, los vagos pensamientos

que pasaron por mi mente al contemplar á Luisa. Me levanté embebido en mis reflexiones, y sin decirle una palabra coloqué sobre su delantal un bonito ramo de flores que la llevaba; ella, por su parte, se sonreía al tomarlo, y su sonrisa me hacia daño. No hay cosa mas triste que la sonrisa de los desgraciados: parece que se rien de nosotros y no de ellos mismos. Muchos dias pasaron antes que volviese á ver á Moreno, y muchos mas todavía antes de que volviese conmigo á la casita gris; pero esto al fin sucedió al volver de un paseo dado alegremente en compañía de muchas personas: al dispersarse cada una de vuelta al pueblo, cogí del brazo á Moreno para ir á casa de Luisa. Era una imprudencia, tal vez; pero experimentaba involuntariamente una viva emocion, y no hablaba por ir entregado á mi proyecto. Parecíame imposible que el oficialito no adivinase mis intenciones, y hasta creia que él notaba mi agitacion interior, pero, tal vez, nada de esto sucedia... ¡Hay tantas cosas que solo se comprenden hablándolas!

Era el anochecer de uno de aquellos hermosos dias de otoño, en que la naturaleza parece hallarse en calma y en reposo; ni un soplo de viento agitaba los árboles, teñidos por los últimos rayos del sol poniente. Era imposible no abandonarse á una dulce meditacion, á la vista de una naturaleza tan hermosa que iba adormeciendó en aquella hora todo lo que tenia vida en su seno, á escepcion del hombre que velaba para pensar.

Tendí la vista desde la entrada de la calle, y ví á Luisa en su ventana. La última claridad del dia, que bajaba hasta su cabeza, comunicaba un lustre desusado á su pelo rubio. Un poco de alegría brillaba en sus ojos al mirarme, y se sonreía de aquella manera que tanto me interesaba.

—Allí está Luisa, díge yo á Moreno, llamando su atencion hácia la ventana baja de la casita; él la miró, y siguió con los ojos clavados en ella, lo que desconcertó á la jóven, tan tímida todavía como si tuviese quince años, y cuando llegamos junto á ella los mas vivos colores animaba su rostro. Moreno se detuvo, habló un poquito con nosotros y se retiró en seguida; pero desde este dia entró muchas veces en el pueblo; pasando por la ca-